

RECUPERAR A UN PAPA

En todo este asunto, está en juego la figura de Juan Pablo I que es preciso recuperar. Juan Pablo I no es sólo el Papa de la sonrisa. Esto es periodismo superficial. Algo singular debió ocurrir en la capilla Sixtina cuando fue elegido el 26 de agosto de 1978: se ha hablado de milagro moral, elección "carismática", clara acción del Espíritu (43). Su nombre papal era no sólo un homenaje de gratitud a Juan y a Pablo, sino también todo un programa al servicio de la renovación eclesial. Al día siguiente, en su primer mensaje al mundo, había de anunciar "nuestro programa consistirá en continuar el suyo (de Pablo VI), siguiendo el rumbo marcado ya con tanta aceptación por el gran corazón de Juan XXIII" (44). Para ello, quería continuar la aplicación del Concilio Vaticano II, recordar a la Iglesia entera que la evangelización sigue siendo su deber principal, proseguir con paciencia y firmeza el diálogo sereno y constructivo y alentar todas las iniciativas que puedan tutelar e incrementar la paz en este mundo turbado. Y todo ello, con una entrega total y una voluntad decidida:

"El Evangelio llama a todos sus hijos a poner las propias fuerzas, y la misma vida, al servicio de los hermanos, en el nombre de la caridad de Cristo: "Nadie tiene mayor amor, que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15, 13). En este momento solemne pretendemos consagrar todo lo que somos y podemos a este fin supremo, hasta el último respiro, conscientes del encargo que Cristo mismo nos ha confiado. "Confirma a los hermanos (Lc 22, 32)".

Benelli, su gran elector, conocía bien al Papa Luciani: "Después de absorber toda la información que pudiera obtener, entonces y sólo entonces tomaba una decisión. Pero cuando el Papa Luciani tomaba una decisión, no había nada... que pudiera detenerle o, apartarle de su objetivo. Amable, si. Humilde también. Pero cuando emprendía una acción, era como una roca, ladera abajo" (45).

Esta voluntad decidida, hasta el último respiro, la había de emplear, desde ese mismo día, en la ardua tarea de purificar un templo, que -siendo, como aquél, casa del Padre- nuevos mercaderes habían convertido en "cueva de ladrones" (Mt 21.1 13). "Hay hombres aquí, dentro de la ciudad del Vaticano, que parecen haber olvidado la verdadera finalidad de la Iglesia". Hombres que han convertido la Santa Sede en una especie de mercado, Este es el motivo por el cual pienso realizar todos estos cambios" (46), diría Luciani a Villot el 28 de septiembre por la tarde. Juan Pablo I no era continuador de los Papas anteriores. Con el primer nombre compuesto en la historia del papado iniciaba "una nueva dinastía en el pontificado demostrando su iniciativa y originalidad" (Tarancón), abría "una época de fuerte renovación en el interior de la iglesia" (Pironio), "amaba a los pobres y el Tercer Mundo" (Arns). Como dijo en la basílica de San Juan de Letrán, al tomar posesión de la diócesis de Roma "Roma será una verdadera comunidad cristiana si se honra en ella a Dios no sólo con la afluencia de los fieles a las iglesias, no únicamente con la vida privada vivida morigeradamente, sino también con el amor a los pobres. Estos - decía el diácono romano Lorenzo - son los, verdaderos tesoros de la Iglesia; por eso se les ayuda por quien pueda a tener más y a ser más sin humillarlos ni ofenderlos con riquezas ostentadas, con dinero despilfarrado en cosas fútiles, y no invertido, cuando es posible, en empresas de común ventaja" (47).

Por su ascendencia familiar y por la trayectoria de su ministerio sacerdotal y episcopal, se presentaba ante el



- Monseñor Martin. Detrás, parcialmente tapado, el médico personal de Juan Pablo I; y detrás de él, a la derecha, Ludovico Montini, hermano de Pablo VI.

mundo como un Pontífice que conduciría a la Iglesia "hacia una mayor pobreza, hacia una más vívida y comprometida solidaridad con los trabajadores, hacia una más exigente línea evangélica" (48).

Desde el primer momento, el Papa Luciani dio dos muestras importantes de que quería gobernar la Iglesia con un estilo nuevo: "Primero el Papa dijo a los cardenales que pensaba gobernar de forma colegiada con sus hermanos obispos "aprovechándonos de su trabajo en el gobierno de la Iglesia universal". Después se deshizo de la tradicional ceremonia de la coronación, de la tiara real y el trono papal que había llegado a simbolizar el poder temporal del papado" (49).

En la mañana del 28 de septiembre, Juan Pablo I dirigía a un grupo de obispos filipinos su último discurso, que, a la luz de los acontecimientos posteriores, asumiría un significado especial: "Al daros la bienvenida con profundo afecto, deseamos recordar un pasaje encontrado en el Breviario. Se refiere a Cristo y fue citado por Pablo VI durante su visita a Filipinas: "Yo debo dar testimonio de su nombre, Jesús es Cristo, el Hijo de Dios Vivo...". Entre los derechos del fiel, uno de los mayores es el derecho a recibir la Palabra de Dios en toda su integridad y pureza, con todas sus exigencias y fuerza. Un gran reto de nuestro tiempo es la completa evangelización de todos aquellos que han sido bautizados, y en dicho reto, los obispos de la Iglesia tienen una responsabilidad primordial" (50).

El día 28 por la tarde el propio Benelli acudió al Vaticano. Luciani le había telefoneado a media mañana y pensaba depositar en él la responsabilidad política y diplomática del Vaticano. El propio Benelli diría después por Radio Vaticano: "Lo encontré perfectamente de salud y con un humor excelente". Algo semejante dice el cardenal Villot, que había despachado con el Papa por la tarde: "El Papa se encontraba perfectamente. No noté signo alguno que pudiera prever el fatal desenlace, y ni siquiera lo encontré fatigado". Finalmente, el cardenal Colombo, arzobispo de Milán, reveló que ya de noche recibió una llamada telefónica del Papa y que no advirtió anomalía alguna en su voz. En efecto, "todos coinciden en asegurar que nada anormal detectaron en el Papa" (51).

Con singular acierto, Cipriano Calderón contempló la figura de este "Papa profeta", que se marchó "de una forma extraña" y cuyo manto es preciso recoger. "Elías se marchó de una forma extraña, arrebatado en un carro de fuego, según nos cuenta la Biblia; pero hubo un Eliseo que estaba a su lado atento a lo que ocurría y recogió inmediatamente el manto del insigne profeta. Algo así tendrá que suceder ahora" (52).



- La Iglesia tiene derecho a saber.

En una reciente visita a Vittorio Veneto, donde fue obispo el Papa Luciani, Juan Pablo II proclamó esta verdad profunda y fundamental: sobre el horizonte de la historia actual está la figura del Papa Luciani, "la dulce figura que sigue siempre viva en mi corazón y me acompaña sin cesar" (53). Estas palabras las dijo emocionado aquel que (ciertamente, llama la atención) había de estrenar su primer día de pontificado el 17 de octubre de 1978, precisamente el día en que un 17 de octubre de 1912 se le diera al Papa Luciani el don de la vida.

Juan Pablo I no murió de forma natural. Este mensaje, completado a su vez por datos posteriores, lo hemos recibido, no por casualidad, el 29 de diciembre de 1984, fiesta de Santo Tomás Becket aquel "cura entrometido" con quien Juan Pablo I es comparado (54). Creo que fue un regalo de ambos y que, en cierto sentido, en todo este asunto "el arcángel Miguel alterca con el diablo" disputándose el cuerpo de Juan Pablo I (Jd 9), que precisamente murió un 29 de diciembre, fiesta de San Miguel. De ningún modo, podemos enterrar su testimonio; al contrario, hemos de proclamar gozosamente ante el mundo que sigue habiendo enviados

capaces de lanzar a los poderes del mal el frontal desafío: **¿Quién como Dios?** Capaces de actuar **en nombre de Dios, hasta el último respiro.**

Vida Nueva, 5 de octubre de 1985

